

Jesús de Nazaret

Diego Jaramillo



Jesús de Nazaret

Diego Jaramillo, cjm



Jesús de Nazaret

Primera edición

Colección Logos No. 80
Corporación Centro Carismático Minuto de Dios
Bogotá, D.C., Colombia
2015

Con las debidas licencias

© Corporación Centro Carismático Minuto de Dios • 2015

Carrera 73 No. 80-60

PBX: (571) 7343070

Bogotá, D.C., Colombia

Correo electrónico: info@libreriaminutodedios.com

ebooks@minutodedios.com.co

www.libreriaminutodedios.com

ISBN: 978-958-735-194-1

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio

ePub x Hipertexto/www.hipertexto.com.co

PRESENTACIÓN

Cada atardecer es ocasión propicia para orar; para escuchar a Dios, que nos habla, y para decirle lo que somos, lo que pensamos, lo que deseamos, lo que estamos necesitando.

Es lo que hacemos cada día en el programa “El Minuto de Dios”, que se transmite por la televisión desde el 10 de enero de 1955.

En ese comentario breve, iniciado por el sacerdote Rafael García Herreros, se ha reflexionado sobre temas espirituales y sobre la influencia del evangelio en el acontecer diario y en las situaciones que afectan a Colombia.

Fallecido el padre Rafael, en noviembre de 1992, he procurado continuar su obra, y en este libro recojo algunas de las meditaciones que en dicho programa he pronunciado sobre el Señor Jesús, su vida y sus enseñanzas.

En el evangelio leemos que un día se oyó una voz que decía, hablando de Jesús: “Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto: escúchenlo” (Mt 17, 5).

Esta invitación del cielo sigue resonando para todos nosotros. Jesús nos vive hablando. Lo hizo durante su vida. Sus palabras se conservan como si fueran oro en polvo, en las páginas de la Biblia. Él nos enseña, no sólo con lo que dijo, sino con lo que hizo. Todos los acontecimientos que Él vivió, desde su nacimiento pobre hasta su muerte y su resurrección, nos hablan de su amor, de su entrega, del anhelo que tenía porque fuésemos liberados de todo mal.

Escuchemos en estos días el mensaje de Jesús. Leámoslo. Pensemos en Él. Procuremos que la voz del evangelio anide en nuestro corazón. Acojámosla con devoción. Él es el Hijo amado, el predilecto del Padre: escuchemos su voz.

JESÚS VIENE

LA VOZ DEL PROFETA

El capítulo 40 de las profecías de Isaías estalla en entusiasmo ante la seguridad de que vendría pronto el Salvador. Dejemos resonar las palabras del profeta; permitámosles que se adentren en nuestro espíritu, que nos impregnen, que nos entusiasmen: porque Dios está cercano.

Dijo así el profeta: “Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión. Alza fuerte la voz; álzala, no temas. Di a las ciudades de Judá: *Aquí está tu Dios*” (Is 40, 9).

No temamos ante un año que termina, ni ante la muerte, el pecado o el dolor: “Cercano está nuestro Dios”.

No pensemos (ante Jesús en el pesebre) que se trata sólo de un niño paupérrimo. Ante Él, como dice el profeta: “Las naciones son gotas de rocío, pesan lo que un polvillo en la balanza. No le bastan los bosques frondosos para encender fogatas”.

No lo creamos indefenso, reducido a llorar de frío en una cuna. Ante su aliento, se agostan los hombres como si fuesen hierba reseca; se marchitan, como flores cortadas de sus tallos.

Preparémonos, que ya aparece. Que el desierto de nuestra vida florezca en jardín para recibirlo. Que lo torcido se enderece, que lo escabroso se iguale; que todos podamos ver y transparentar la gloria de nuestro Dios.

Preparémonos, que ya aparece; dentro de poco se escucharán los cánticos que anuncian su llegada: llega como el pastor que apacienta su rebaño; con su brazo lo reúne, sostiene a los corderos y cuida de las ovejas.

Que este día sea de preparación espléndida, porque ya llega, porque a las puertas está el Salvador.

Escuchemos, para comenzar, la poesía entusiasmada de Isaías, profeta, que canta jubilosamente la llegada del Mesías. Estas palabras las hallamos en el

capítulo 60 de su libro:

“¡Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria de Yahvé ha amanecido sobre ti! Pues mira cómo la oscuridad cubre la tierra, y espesa nube a los pueblos, mas sobre ti amanece Yahvé y su gloria aparece sobre ti. Caminarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu alborada... Tú entonces al verlo te pondrás radiante, se estremecerá y se ensanchará tu corazón... No será para ti ya nunca más el sol luz del día, ni el resplandor de la luna te alumbrará de noche, sino que tendrás a Yahvé por luz eterna, y a tu Dios por tu hermosura. No se pondrá jamás tu sol, ni tu luna menguará” (Is 60, 1-3.5a.19-20a).

Ya llega la luz. A veces todo parecería oscuro sobre la tierra: hay guerras y dificultades entre los hombres: Vietnam... India y Pakistán... Israel y los árabes... Irlanda... Biafra... Violencia en América... Desamor.

Parecería que por doquiera hay tinieblas: hambre en el mundo... multitudes sin techo, sin vestido, sin trabajo, sin descanso... Hay dolor, enfermedad, muerte.

Y, sin embargo, sabemos que la noche ya va pasando, que todo lo opaco no vale lo que una nube de tormenta, que se deshace cuando aparece el sol.

Esperar a Cristo en la alegría no es una evasión ni una ilusoria distracción ante los problemas del mundo.

Es ansiar su llegada, como en la noche se ansía que el sol aparezca y permita ver con claridad lo malo y lo bueno, lo torcido y lo recto, lo desechable y lo deseable, lo transitorio y lo eterno.

ISAÍAS, MARÍA Y JUAN

Durante el mes de diciembre, la Iglesia nos recuerda a tres personas que anhelaron la llegada del Mesías, y que son modelo de nuestra preparación a la venida definitiva de Jesús. Son el profeta Isaías, Juan el Bautista, y María, la Virgen Madre del Señor.

El profeta Isaías representa toda la expectativa de los pueblos; el anhelo de Israel, que oteaba el horizonte a la espera del Enviado de Dios. Isaías fue el profeta que suspiraba porque los cielos lloviesen al Mesías como si fuese rocío, y porque de la tierra brotase Jesucristo como una esplendorosa flor.

Isaías fue el profeta que preanunció a Jesús, liberador de los pobres; a Jesús, lleno del Espíritu Santo; a Jesús, siervo doliente y silencioso que entregaba la vida por la salvación de sus hermanos.

El segundo personaje de ese mes es Juan, a quien llamamos el Bautista y el Precursor. Bautista porque sumergía en las aguas del río Jordán a las muchedumbres que escuchaban su mensaje de conversión. Precursor porque antecedió a Jesús en el nacimiento, en la predicación y en el ministerio, porque le preparó los caminos por doquiera, para opacarse luego ante Él.

Desde entonces, Juan sigue abriendo el camino para que llegue Cristo. Siempre que Jesús es aceptado por cualquier hombre, lo precede el espíritu de conversión y de abnegación que vivió Juan, el precursor.

El tercer personaje de diciembre es María, la Madre de Jesús. La Virgen orante que, por su meditación de la Palabra de Dios y por su anhelo de vivirla, mereció que el Hijo eterno del Padre llegara a ella, primero al corazón que a las entrañas. María, la mujer humilde, que se declaró esclava del Señor y que posibilitó que la Palabra eterna fijara su tienda entre los hombres.

Isaías, Juan, María: tres modelos para la expectativa ante Jesucristo que viene.

EL MENSAJE DE JUAN

En la época del Adviento, que es preparación al encuentro con Jesucristo, la liturgia nos presenta la figura de Juan Bautista.

Juan vive en pleno desierto: sus costumbres son rudas, austeras; su vestido, áspero; su alimento, escaso.

La palabra de Juan proclama un evangelio de conversión. Es la voz del que clama: “Preparen los caminos del Señor. Que toda montaña sea allanada, que todo valle sea colmado, que los caminos tortuosos sean rectificadas, que las rutas escabrosas sean despejadas, porque ya se aproxima el Salvador” (Luc 3, 2-6).

Ese mensaje es una llamada a la conversión para cada uno de nosotros. Todas las montañas de nuestro amor propio, de nuestro orgullo, de nuestro egoísmo y ambición deben ser allanadas. Todos los abismos de nuestra bajeza, de nuestras caídas, de nuestra abyección, de nuestro vacío deben ser colmados. Todas las sendas tortuosas de nuestra hipocresía, de nuestra falsedad, de nuestra mentira deben ser transformadas en caminos de rectitud y sinceridad.

Cuando Juan predicó en el desierto, los publicanos, los soldados romanos y las pecadoras se movieron a penitencia y se hicieron bautizar con un bautismo para perdón de los pecados, mientras que la gente culta, los intelectuales de la época, escribas, fariseos y sacerdotes sonreían desde lejos e indagaban quién era el Bautista y con qué autoridad predicaba, no para convertirse, sino para dar sus veredictos; pero no supieron quién era Juan ni quién era Jesús, porque tenían cerrado el corazón.

Hoy la Iglesia nos invita a convertirnos, a cambiar de actitud, a enderezar lo tortuoso que pudiese haber en nuestra vida, a prepararnos para un encuentro personal con Jesús, el Mesías. Y nosotros, como en tiempos de Juan, podemos aceptar la invitación a convertirnos o podemos esbozar la

sonrisa sarcástica de los seudointelectuales: superficial, aunque parezca profunda y, a la larga, perfectamente inútil ante Dios y ante los hombres.

HACER PENITENCIA

Nos preparamos a recibir a Cristo, que viene. Su Navidad es símbolo de su venida final. Y nosotros, como los judíos, oímos una voz que resuena; es alguien que dice: “Preparen el camino en el desierto...”.

Quien grita es Juan. Su figura domina este tiempo del Adviento. Es él quien viene a dar testimonio de la luz. Él no era la luz verdadera, era una antorcha. Pero los hombres estaban tan enfermos que debían buscar con una antorcha la luz del día.

Juan era un hombre que se había internado en el desierto a mortificar su cuerpo; mas si la carne sufrió, quedó la voz, que se convirtió en el pregón que todavía estamos oyendo.

Juan sabía que se aproximaba Alguien que “era antes que Él”; “Alguien que existía antes de que Abraham fuese”; Alguien a quien Dios dijo: “Antes que el lucero, Yo te engendré”. Ante ese que había de venir, Juan predica un bautismo de penitencia, en remisión de los pecados.

Hacer penitencia: esta expresión resuena a todo lo largo del evangelio de san Lucas. El mismo Cristo dirá a sus apóstoles, antes de la ascensión, que era necesario que se predicase la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones.

¿En qué consiste esa penitencia, esa conversión que Juan nos propone hoy? No es sólo ideológica, porque no es la fe un conjunto de dogmas; ni es de costumbres, porque son los publicanos y las pecadoras quienes nos precederán en el reino. Sino que antes de encontramos con una ley o con un credo, nos debemos encontrar con la persona viviente del Señor.

Fe es renovar nuestro conocimiento, en el sentido profundo y rico como conoce el corazón; es retornar al amor despreciado, es restablecer una alianza mil veces rota. Es reconocer que violamos un pacto... y abrir el

corazón para que lea los signos, que no son sólo los milagros, sino las palabras y la bondad del Señor.

“Hagan penitencia”, dice Juan; “Hagan penitencia”, dicen Pablo y Pedro, en los Hechos Apostólicos.

Hacer penitencia es sentirse perdido, como la dracma, como la oveja, como Zaqueo, y saber que el Señor nos está buscando... Es resucitar de una vez por todas...

Hacer penitencia no es sólo preparar un catálogo de culpas para la confesión; es renovarse en el orden de la caridad, es desaprender algo malo todos los días. Es hacer rectos, en el desierto de nuestro corazón, los caminos por donde va a llegar el Señor.

VEN, SEÑOR

El libro del Apocalipsis termina sus páginas con una insistente oración a Jesucristo: “El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! Y el que oiga diga: ¡Ven! Dice el que da testimonio de todo esto: Sí. Pronto vendré. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22, 17-20).

Ésta debe ser la plegaria de los cristianos: ¡Una plegaria y una expectativa ante Jesús que regresa! Ante el Señor, que se hace presente y que un día se nos manifestará definitivamente.

Esa actitud la Iglesia quisiera trasmitirla a todos los creyentes, sin excepción: tal es la definitiva finalidad de los grupos de oración que florecen en todas las ciudades. Hemos recibido mensajes de muchas partes, de la Costa Atlántica, de Caldas, de Cúcuta, en donde nos dicen que están participando de la misma inquietud: la de adorar, amar y bendecir a Dios, la de cantar la gloria de Jesucristo.

En todas partes se reúnen los cristianos en vigiliias de oración para cantar al Señor, para escuchar la Palabra, para testimoniar las maravillas que Dios ha hecho.

En esa línea de oración se debería situar la preparación de los cristianos para la Navidad. No en la superficialidad de quemar alguna pólvora, elevar globos o comer algunos platos típicos. Ni en la avidez de intercambiar obsequios o elevar el volumen de ventas a límites antes no alcanzados por el comercio. Ni en la equivocación de celebrar unas novenas bailables, como si se tratase de recibir al rey de los beodos. Sino en el recogimiento interior que sólo alcanza a balbucir: “Ven pronto, no tardes más. Ven ya, Señor Jesús”.

SEÑOR, TE NECESITAMOS

En el tiempo de Adviento resuena, en la plegaria de la Iglesia, la palabra: ¡Ven! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven a salvarnos! Ven, que te necesitamos.

Adviento es una época del año en que los cristianos debemos estar a la expectativa del Señor Jesús. Es la actitud de un centinela que está vigilando durante la noche y que ansía comience a despuntar la aurora para que vengan a relevarlo y poder así descansar...

Es la actitud de un estudiante que anhela conocer los resultados de los exámenes, para saber si puede comenzar con tranquilidad las vacaciones o si debe empeñarse otra vez en la preparación de las diversas materias... Ese es un reflejo de lo que sería nuestra espera de Cristo.

Como una novia que espera todos los días una carta de su novio lejano y atisba impaciente el paso del cartero; como un prisionero que va contando y descontando los días de su condena que le restan por pagar y sueña con la mañana en que recupere la libertad, así es la expectativa del cristiano que sabe, por la fe, que un día volverá Jesús... que un día lo habremos de ver, resucitado y glorioso... que un día Él se manifestará de un modo definitivo a la Iglesia.

¡Hay gente que dice poder fijar cuándo será el definitivo regreso del Señor! La fecha precisa no interesa, lo que sabemos es que el Señor Jesús está viniendo siempre; que está pasando por el camino de nuestra vida de mil maneras, que basta que abramos los ojos para verlo, para no estar distraídos cuando toque la puerta.

Él dijo que su llegada será inopinada: como la de un ladrón que asalta en la oscuridad de la noche, como la luz de un relámpago que se dibuja con rapidez en el firmamento.

¡La venida de Cristo no debe despertar en nosotros angustia, sino gozo y esperanza! Como dice la Biblia: cuando Él llegue, levanten sus cabezas,

porque su liberación se acerca (cf Luc 21, 28).

PREPARARNOS A SU VENIDA

El mes de diciembre y la época de Adviento que la Iglesia nos propone vivir se dedican de modo especial a prepararnos a la venida de Jesucristo. No sólo a recordar que Él nació en Belén, sino a pensar que Él está vivo y que un día se manifestará a nosotros, no como ahora, a través de las brumas de la fe, sino claramente, cara a cara.

Hay modos de pensar en Jesús, como son: hacer el pesebre y cantar villancicos; pero hay también una manera seria y comprometida y es hacer el bien, practicar obras buenas:

Visitar a los enfermos, consolar a los tristes, socorrer a los pobres, compartir con ellos algo de lo que nos dio el Señor: alimentos, vestidos, dinero. Enseñar y aconsejar, brindar apoyo, no escatimar el tiempo de servicio a los demás, colaborar en la construcción de un mundo mejor.

En los pobres se manifiesta Jesús. Acogiéndolos a ellos, lo acogemos a Él.

Los cristianos, al recordar la venida de Cristo, en apariencias humildes, y al vivir por la fe su presencia actual en la Iglesia, avivamos nuestra presencia y nuestro deseo de que un día Jesús venga. Por eso la plegaria de la Iglesia es: ven, Señor. Ven y manifiéstate, ven y reina, ven y sálvanos, Señor.

El tiempo de diciembre, con su pólvora y sus aguinaldos y sus pesebres y sus tarjetas y sus villancicos ingenuos y sus fiestas y sus vacaciones, no debe hacernos olvidar que Jesucristo viene.

La situación de intrigas y de fraudes y de licor y de deshonestidad que el mundo vive, las injusticias que a diario cometemos y que llenan la atmósfera del país nada prueban, sino que el mundo actual vive ausente del pensamiento de la venida de Jesús. Y, sin embargo, Él llegará. El Señor y el Rey del cosmos ya viene a nuestro encuentro.

Esta época del año se llama el Adviento. Adviento significa venida. La venida de Jesús.

Jesús ya vino, hace dos mil años. Fue en un pesebre, en Belén, cuando el Hijo eterno de Dios nació hecho hombre y rompió en dos la historia del mundo. Desde entonces el tiempo se fecha antes de Cristo o después de Él.

Jesús sigue viniendo. Llega todos los días de un modo espiritual a cada uno de nosotros: llega por medio de nuestros hermanos los pobres; llega por su Evangelio, que hoy tiene mayor vigencia que nunca; viene por los sacramentos y por la oración.

Pero un día Jesús llegará de modo glorioso. Será la definitiva llegada, será el espléndido advenimiento del Hijo del Hombre.